

la homofónica ó masa de voces, de las cuales unas sirven de acompañamiento á un canto dado. En el XIII comenzó á ponerse en admirable juego la polifonía ó concierto de voces distintas unas de otras, viniendo á desarrollarse en el XIV. En este siglo, Doménico de Nola, Baccusi y Gabrielli compusieron devotas misas con el doble objeto de que los instrumentos pudiesen acompañar á las voces; pues aquéllos eran unas veces admitidos, y repelidos otras de los templos. Aparecen en el XV, Guillermo de Dufai, que perfeccionó el género polifónico y compuso sendas misas, redactadas sobre motivos tomados de canciones populares. Juan Ockeghem, belga, maestro de capilla de Carlos VII de Francia y el organista boloñés Antonio Sguarcialupi, puesto al servicio de Lorenzo el Magnífico en Florencia: todos éstos compusieron elegantes obras para el culto divino.

Nueva y floreciente época para la música se presenta en el siglo XVI; Claudio Londimel, lo mismo que todos sus contemporáneos pretendieron convertirla en perfecto idioma que expresara los vivos sentimientos del corazón; pero es lo cierto que el demasiado celo por tan laudable causa llevó á los reformadores al abuso, introduciendo éstos en las composiciones un aire mundanal y ciertas reminiscencias gentílicas que no decían bien con la gravedad y santidad del objeto á que se destinaban. Estos tristes efectos se propuso desterrar con ahinco el célebre Palestrina, discípulo del anterior, dando á la música eclesiástica aquel carácter grave, tranquilo, dulce y armonioso que debe caracterizarla. Distinguiéronse en este siglo, Després, el músico quizá más famoso de aquellos tiempos, Stradella, Obrecht y Alejandro Agrícola que compusieron misas harto melodiosas; Petavio Petrucci que redactó motetes eucarísticos, siendo las producciones de éste, como las de los otros maestros, propagadas rápidamente por casi todo el Occidente. Por indicación de la Iglesia, con la protección y al amparo de la misma, pues ella fomentaba las escuelas, y retribuía suficientemente á los discípulos aventajados que de las mismas surgían, dándoles la plaza de organista ó de maestro de ca-

pilla, aparecieron una multitud de genios, casi todos con una ú otra de las profesiones mencionadas, que la enriquecieron y la ornaron con sus producciones eucarísticas y otras piezas eclesiásticas. De los españoles florecieron Don Antonio Cabezón, organista de la real capilla; Castillo, gran compositor y organista de la Iglesia de Sevilla; y D. Bernardo Clavijo, universal instrumentista. De los italianos, Angostini, Mazochi, y Festa, todos compositores de misas; Cacini, Peri y Frescobaldi, como profesores de canto, siendo este último tan apreciado, que en cierta ocasión se juntaron en el Vaticano para escucharle 30.000 personas. Brillaron también Scuffl y Walther, en Alemania; los belgas Poverraje y Phinot; y Felipe de Mons, de los Países Bajos. Al asomarse el XVII siglo, aparece el inglés Batson, distinguiéndose por el incoado lirismo que se descubre en sus composiciones; el italiano Rossi, y Matheson, de Hamburgo, y los españoles D. Juan Bautista Comes, presbítero, que, entre otras bellas producciones, compuso veinte hermosos villancicos al Sacramento; Correa y Araujo, organista del Salvador de Sevilla, y luego Obispo de Segovia; Cavanillas, Lorente Torres y el franciscano Fr. Pablo Nasarre. En el XVIII, Alemania, sobre todo, brilla en profesores de órgano, marchando Bach á su frente. Igualmente fueron notables el ingeniosísimo Mozart, Haide y Eurico Rolle; en Italia, el franciscano P. Martini que fué, en expresión de nuestro insigne Eslava, (1) el músico más sabio que ha habido en Europa; Rossini, Durantè, Sarti, Sachini y Querubini, quien descolló su ingenio en su Misa solemne; José Hadny y Beethoven, cuya misa es celebradísima. España vió brotar de su fecundo suelo, á los Nebras y á los Sessé, á Soler, Vila, Brocarte, Irribarren, Pueyo, Palomar y otros muchos que, á imitación de los extranjeros, pusieron en movimiento sus doradas plumas para cantar las glorias eucarísticas. Algo descuidado, en verdad, el género orgánico por los españoles en el siglo XIX, no lo fué de tal suerte que dejaran de

(1) Reseña histórica del género orgánico, pag. 12



distinguirse muchos de ellos, tanto en el referido género, como en el de composición. El inmortal Eslava, gloria de la Iberia, Andrevi, Ledesma, Gorriti, Iñiguez, Giner, Hernández, Olleta, Calahorra y Beiro, con sus imperecederas misas; Cosme Benito con la suya, compuesta especialmente para la festividad del Corpus; García, con su hermoso *Panis angelicus*; Valero y Pacheco, con sus brillantes villancicos al Sacramento; Santesteban con sus armoniosas misas y devotos motetes; Fr. Ignacio Sáenz con sus delicados *Ave verum* y letanía al Corazón de Jesús; Plasencia, P. Vicente Comas, Prado y otros muchos celebrados ingenios, con sus variadas y estéticas concepciones, forman nuestra más templada y sonora lira. Entre los extranjeros descuellan los italianos Capocci, con su estimable Misa y *Oh salutaris*; Fanna, Donizetti y Mercadante; el franciscano P. Farinelli de Falconara, con su grandiosa Misa de tres coros, en la que entran las tres iglesias, militante, triunfante, y purgante; el celeberrimo maestro Perosi, con sus bellas armonías gregorianas, que tanto se esmera por introducir las en toda la Iglesia; sobresaliendo de un modo particular el nunca bastante ponderado minorita P. Hartman en su nuevo oratorio *La Cena del Señor*, dedicado á Guillermo II de Alemania, obra magistral y de extraordinario mérito; distinguiéndose también entre los franceses, Lambillotte, con su *Tantum ergo* y Bordesse, con sus devotas y regias misas. He aquí, en resumen, á los discípulos del entusiasta Orfeo puestos en movimiento al calor que les imprimiera la Esposa del Cordero, la cual, en medio de toda su respetuosa gravedad por lo que mira al culto divino, ha procurado en todos tiempos inspirar á los artistas el genio que debe dominarles á fin de que trabajen en provecho de Aquél que es objeto de nuestro culto, de Jesús Sacramentado. Hoy, al incoarse la restauración del melodioso canto gregoriano, debido á las exhortaciones y reiterados mandatos del pontífice reinante, Pío X, se han estimulado los Prelados, los cabildos y comunidades á llevar su grano de arena para la erección de tan costosa obra; en particular, los PP. Benedicti-

nos, aleccionados de su activo maestro y superior Dom Gueranger, de feliz memoria, han conseguido preparar la edición más crítica de canto gregoriano, titulada: *Antifonario gregoriano y Paleografía musical*.

## IV

Mas pasemos á las artes ópticas que, siendo las más apreciadas de la Iglesia, legan á la posteridad las creencias, los usos y la disciplina que aquélla creyera y practicara, mientras que las artes anteriores dan á conocer únicamente su hermosura de paso. La *Iconografía* eucarística, en cuanto respecta al dibujo y á la pintura, es una de las bellas artes ejecutada desde los primeros albores del Cristianismo. La misma Iglesia ordenó la práctica de la iconografía cristiana, según expresión del II Concilio Niceno, (1) y hubo Papas, como Clemente, que fueron consumados maestros en este arte. Para encontrar dibujos y pinturas eucarísticas de los primeros siglos precisa internarse en las Catacumbas, particularmente en las de Roma, donde nos sorprenderemos al considerar esos rudimentarios cuadros simbólicos del Misterio adorable del Altar, que por medio de los panes y los peces, del canastillo eucarístico, de la mesa preparada y del banquete celestial, representan al vivo el más augusto de nuestros dogmas (2). En aquellos tiempos de atroz persecución era preciso á los cristianos valerse de emblemas significativos que, denotando por una parte á la Eucaristía, no fuesen por otra comprendidos de los paganos, que los ignoraban. Después de otorgada la paz á la Iglesia, los Obispos mandaron decorar con vistosas imágenes y figuras caprichosas los muros de los templos, por lo cual no es inverosímil que, siguiendo el ejemplo de sus mayores, pintasen alegorías referentes al Misterio Eucarístico. La Edad Media, en especial, tuvo el laudable gusto de perfeccionar la iconografía cristiana en los libros corales, ó ya de uso particular, con viñetas, iniciales y orlas fantásticas. De

(1) Act. VI.

(2) Véase nuestro Tratado III, La Eucaristía en las Catacumbas.



los tiempos medioevales, es una viñeta sacada del *Libro de los Testamentos*, de la Catedral de Oviedo. Representa á un Obispo celebrando el Sacrificio solemne, y á sus dos lados, el diácono sosteniendo el báculo en una mano y el libro en que ha de leer el prelado en la otra, y el subdiácono que le presenta un cáliz cubierto con un velo, y una hostia. Los monjes, y poco después los religiosos que se dedicaban á esta clase de trabajos, ilustraron los libros de sus grandes bibliotecas, y aun los misales, con variedad de hermosas miniaturas. Del siglo XII es uno de éstos, que en la letra inicial de la Misa del Corpus, representa á un Obispo llevando al Santísimo dentro de un tabernáculo transparente, y dos acólitos ostentando velas en la mano derecha. El siglo XIII adelantó muchísimo en la pintura, valiéndose del famoso pintor del Arno, el renombrado Giotto, que pintó en Florencia una *Cena eucarística*; en el XIV, el dominico Fr. Angélico lució también su ingenio en este género de asuntos religiosos, distinguiéndose por la fina expresión que daba á sus figuras. Pero el XV contempla una revolución completa y progresiva en este primoroso arte, debido á la gran protección dispensada por los Médicis, los cuales fundaron en Florencia un museo-escuela donde aprendieron los principales artistas. Empero la Alemania ó los Países Bajos tuvieron la gloria de preparar la pintura al óleo, que debería ser en lo sucesivo el rico arsenal de los artistas. Van Eyck pintó con este procedimiento un cuadro políptico para una iglesia de Gante, siendo su principal objeto la adoración del Cordero místico; sin embargo, el milanés Leonardo de Vinci aventajó al anterior, despojándose de las imitaciones antiguas y entrando de lleno en el estilo del Renacimiento. Aunque muy raras sus obras, la principal es el *Fresco de la cena*, precioso cuadro mural, pintado al óleo, que se conserva en el convento de dominicos de Nuestra Sra. de las Gracias, de Milán, y que representa á Jesucristo con sus doce apóstoles en el acto de instituir el Santísimo Sacramento. El siglo XVI vió surgir innumerables amigos del pincel, que fueron otros tantos consumados maestros,

inspirados peculiarmente en asuntos religiosos. El insigne Rafael, predecesor de Urbino, para ornar el museo eucarístico, nos legó el celebrado fresco de *La misa de Bolsena*, que pintó en la segunda estancia del Vaticano. Miguel Ángel, príncipe de pintores eucarísticos, Pablo de Verona, Titio, Pablo de Laroche, Ary Schefer y Eugenio Delacroix, sobresalieron también en esta clase de asuntos, en especial Jacobo Palma el joven, italiano, de la escuela veneciana, que pintó la célebre *Disputa del Sacramento*. En España fué notable la escuela valenciana, cuyo jefe, el inmortal Vicente de Juanes, apellidado vulgarmente Juan de Juanes, que para pintar algún cuadro de Jesús ó de la Virgen se preparaba con la confesión y comunión, legó á la posteridad la famosa *Cena eucarística* y los divinos Salvadores en el momento de la consagración, que por cierto son preferidos á los de Vinci. Igualmente brilló Francisco Ribalta, que pintó otra insigne *Cena*, depositada en el Colegio de Corpus Christi de Valencia. Entre los alemanes se hizo notable Alberto Durer, quien figuró al agua fuerte otra maravillosa *Cena*, aventajando en el dibujo, aunque no en el colorido, á los mismos flamencos. Dejando este siglo y pasando al siguiente, nos sorprendemos al ver á España en su más alto grado de pintura. Empero los artistas de esta época que más hermosearon nuestro Misterio, fueron el español Claudio Coello, autor del célebre cuadro de la *Sagrada Forma*, que se conserva en el Escorial; el Dominiquino, de la escuela boloñesa, del cual es: *La Comunión de S. Jerónimo*; Rubens, grande artista de la escuela flamenca, que pintó otros cuadros de la Eucaristía y entre ellos el de la *Última Comunión de S. Francisco de Asís*, sito en el museo de Amberes; Poussin, Soeur y Champagne, de la francesa, autores de cuadros de la Cena tantas veces referida. Rembrandt autor del atrevido cuadro: *Los peregrinos de Emmaús* y otros muchos que florecieron en ese mismo siglo y en el siguiente. Del siglo XIX es Federico Owerbech, alemán, que pintó una hermosísima Cena, con el título de: *Éste es mi Cuerpo*, la cual no puede menos de despertar la devoción en los que



la contemplan. De últimos del pasado siglo y de lo que llevamos del actual son los famosos artistas: Virgilio Mattoni, con su gran cuadro mural: *Las postrimerías de S. Fernando*, en el que se exhibe al rey castellano disponiéndose para recibir el Santo Viático; D. Mateo Silvela y Casado, con su no menos grandioso cuadro: *La Comunión de las Vírgenes en las Catacumbas*, que postradas en el suelo la reciben de manos de un sacerdote; D. Arcadio Mas y Fondevilla, con su curiosa y bien acabada: *Procesión del Corpus Christi*, reproducción al natural de una sacramental procesión en medio de la plaza; D. José Arburu y Morell, con su: *Primera Misa en América*, obra de no menor mérito que las anteriores, por su naturalidad, colorido, luces y distribución de los múltiples personajes que en ella figuran; el famoso valenciano Benlliure, pintor y escultor de universal nota por su justa aceptación; etc. etc. Hay que recordar, no obstante, que quizá en este siglo más que en los pasados se advierte una tendencia á pintar pasajes y alegorías eucarísticas, según lo patentizan los muchos y variados cuadros de las iglesias y las no menos infinitas y diferentes estampas recordatorias y devotas.

Pertenece también á esta clase de bellezas la *Litografía* ó arte de esculpir en piedra; la *Fotografía* ó reproducción idéntica de los objetos en cartulina ó papel, y el *Fotograbado*, reproducción caprichosa, pero exacta, de la fotografía; y acerca de estas artes debemos consignar que también han elogiado al Sacramento del Altar con sus múltiples alegorías y hermosas perspectivas, y aunque artes modernas, empero están llamadas á reproducir los gustos más exquisitos. ¡El Señor quiera que sólo se empleen en obras religiosas, honestas y útiles!

Podremos en resumen asegurar con toda verdad, que la Eucaristía fué la que principalmente dió el mayor impulso al arte iconográfico en cuanto dice relación á la pintura, pues la Iglesia, cuyo primordial objeto en todas sus empresas ha sido siempre la gloria de su Rey y Señor Sacramentado, en la Edad Media, por medio de sus monjes y en la Moderna,

á influjo de sus Pontífices soberanos, inspiró, movió y dotó con todas sus fuerzas á los mejores artistas para que se empeñaran en la gloria de Jesús, como primer motivo, y acrecentaran el progreso de las artes, como razón secundaria.

## V

Veamos ahora cómo la Eucaristía ejerció su poderosa influencia en la misma iconografía, en cuanto respecta á la *Glíptica*, *Bajo*, *Medio* y *Alto relieve* y *Escultura*. Aun cuando es de todo punto evidente que ante la realidad desaparece la imagen que la simboliza, lo cual con mayor razón puede decirse de la Eucaristía, por ser un Misterio tan profundo é incomprensible al humano entendimiento, que no puede ser representado como es en esencia, y de aquí la necesidad de exteriorizarlo mediante adecuadas alegorías: empero los artistas cristianos, que optaban por tener delante de sus ojos algo que les indicara un recuerdo del inefable Sacramento, llevaron sus cuidados en los primeros siglos á grabarle en algún medallón, en algún vaso, ó también en los anillos, siendo sus emblemas los panes, el pez y el cordero; en el siglo II vemos recordado con dulces y amorosas expresiones este admirable Misterio en el epitafio de S. Albercio de Jerusalén. Semejantes inscripciones ó signos convencionales eran de corta dimensión y regularmente estaban exclusivamente cincelados en las lápidas sepulcrales: Écija conserva una memoria eucarística en un sarcófago del siglo IV ó V, consistente en un corderito sostenido por un joven que representa á Jesucristo. Mas, poco adelantó la escultura hasta el siglo VIII, pues aun en esta época eran poco realzados los relieves. Hacia el siglo XII había la costumbre de esculpir en la portada principal de las iglesias pequeñas, la imagen del mencionado Cordero, formando cruz con el signo de la redención, emblema que se adoptó en la edad Moderna con poca diferencia. Ya, al expirar la Edad Media, los florentinos Donatelli y Ghiberti adelantaron mucho el arte de los camafeos, modelando el primero bajo relieves, y medio relieves, el segundo; Miguel



Angel sobresalió entre todos estos artistas, distinguiéndose por el modo de expresar vivamente las imágenes; Felipe de Vigaruy cinceló un hermoso retablo en Granada. En el siglo XVII las esculturas no gozaban de tanto nervio como las del anterior, y las formas eran harto caprichosas; de esta época contamos entre otros á Francisco Moure, de Orense, que construyó el retablo de la Iglesia de la Compañía, de Monforte; y á Andrea Rició que talló quizá el más hermoso candelabro de bronce que existe, el cual pertenece á la basílica de Padua. Sería interminable si hubiera de referir los autores de obras eucarístico-modernas, verdaderamente estéticas. Las escuelas de Barcelona y Valencia, que tallan esos perfeccionados ángeles en actitud de adorar al Sacramento; esos risueños serafines que circuyen la Santa Hostia; esos alados querubines que parecen saltar de gozo al considerarse junto á la Divinidad; esas esbeltas figuras de David, de Salomón, de los Padres y Doctores de la Iglesia, que, postrados, ostentan su acatamiento al Dios de la Eucaristía; esas adecuadas alegorías del cáliz y la hostia, del racimo y las espigas, del cordero con la cruz, de la mesa eucarística, del templo y del tabernáculo; qué expresan, qué predicán, mejor que argentinas lenguas, sino la existencia de un Sacramento de Amor? Qué cristiano, al considerarlas, no despierta en su memoria dos recuerdos á cual más interesante, el del dogma Eucarístico y el de la tibieza y frialdad con que se recibe al Pan de los Angeles? Entre los famosos escultores contemporáneos no debe olvidarse al valenciano D. Venancio Marco, autor de muchas y preciosas obras religiosas, entre ellas las imágenes de Santa Clara llevando la Custodia en la mano, y S. Pascual Bailón adorando al Sacramento; y al Sr. Gérique con su particular escuela de tallistas y escultores, que tan justa nombradía han adquirido con sus bellos trabajos eucarísticos.

Son por cierto hermosas y dignas de contemplación las felices invenciones de los escultores en lo que respecta á los geroglíficos y adornos eucarísticos; no es necesario aducir aquí testimonios y hechos, pues todos los días los estamos

viendo en las iglesias, que á cual mejor se han esmerado en presentar á Jesús Sacramentado una digna habitación y un rico trono en los que nada falte que desear ni á la opulencia, ni á la fantasía.

## VI

Si nos trasladamos del museo escultórico al *Arquitectónico*, tendremos ocasión de aplaudir esas colosales obras de catedrales é iglesias rurales, é igualmente á los que tuvieron la gloria de dirigir semejantes empresas. Al registrar atentamente y de una rápida ojeada, los humildes oratorios de las insanas catacumbas, en los que dominaba la modesta construcción romana; al observar las sencillas á la par que suntuosas basílicas del tiempo de la paz, en las que el ánimo se explaya, viendo extenderse á mayor altura las líneas y á más latitud los arcos; al reconocer los pesados é insostenibles adornos y figuras de las iglesias del tiempo de la invasión bárbara, en las que los estilos andaban en grosera mezcolanza; al fijar nuestra mirada en el hermoso estilo bizantino, cuyas elegantes ventanas y elevadas cúpulas sorprenden al viajero; al admirar el sublime é incomparable estilo ojival, cuyas perfectas y altísimas agujas se pierden en el espacio, cuyos arcos se enlazan con ósculo de paz, cuyos encrespados torreones dirigen un saludo á las blancas nubes, cuya construcción, en una palabra, es soberbia y enteramente sólida; al considerar el gracioso estilo mudéjar, de cortos límites, pero lindísimo; al examinar el recargado estilo del principio del Renacimiento, con su mal gusto en las figuras de irracionales y menos esbeltez en las columnas, el severo de últimos del siglo XVI más correcto y majestuoso que el anterior; y al escudriñar el reformado y caprichoso del XVII, cuya mezcla de todos los órdenes y de casi todos los estilos domina en su generalidad: podremos formarnos magnífica idea del vasallaje que la arquitectura ha tributado en todos los siglos á Jesús Sacramentado. Ella, desde el marmóreo ó enladrillado pavimento hasta la última corona del cimborrio, tiende á rendir sus más sinceros respetos



al Dios del sagrario. Colocado en el centro de la gótica ó bizantina basilica el suntuoso y regio templete que guarda al Defíco Sacramento, el escabel del embaldosado le sostiene impávido con sus hercúleas fuerzas; las ordenadas hileras de columnas de la central nave, cual aguerridos héroes, ansían cortejarlo; las no menos dispuestas y sólidas de las naves secundarias le sirven de esforzada retaguardia; los arcos principales pretenden cobijarle bajo sus anchurosas alas formadas por las bóvedas, mas la orgullosa cúpula que se sostiene entre los arcos torales, las pechinas, el zócalo y el cuerpo de luces, irguiendo su magestuosa cabeza por entre el pedestal del cimborrio, y abriendo sus brazos y extendiendo su níveo manto por la media naranja, no espera sino cubrir al Señor que oculta el tabernáculo; hermosos y plácidos rayos del iris, que dejan pasar las artísticas ventanas del cuerpo de luces, vienen á herir la pequeña cúpula y las finas agujas del templete eucarístico, las cuales, descomponiéndose luego en otras brillantes líneas, efecto de los prismas de las lámparas, pretenden besar los alados querubines que encuentran á su paso; las mágicas y variadas ventanas de las fachadas y de los muros permiten pasar también al través de sus lípidos y multicoloros cristales, haces de refulgente luz que, atreviéndose á llegar al sagrario, depositan en él sus cándidas presentallas. Aquellos devotos retablos que custodian las inmóviles efigies de los santos; aquel sepulcral silencio que domina en todo el sagrado recinto, no parecen sino que con muda voz exclaman: *aquí está el Dios Sacramentado*. Toda la fábrica, en una palabra, todo el arte, todo cuanto allí se halla, aunándose ordenadamente, dicen con mudas, pero elocuentes frases: *bendigamos á Jesús Sacramentado*. Toda la arquitectura, todas sus partes, toda su perfección converge á tributar al Sacramento la gloria que le es debida; y la Iglesia, su predilecta Esposa, que comprendió desde un principio cuánto puede ensalzar á su Divino Esposo el buen uso de este hermoso arte, llamó á sus maestros, les dió instrucciones religiosas, les otorgó cuantiosos dispendios, y el arte prosperó y dió sus efectos nece-

sarios. Arnolfo di Lapo en el siglo XIII, Brunelleschi en el siguiente, Bautista Alberti en el XV, Enrique Egas, Juan de Álava, Gil de Hontañón, Diego de Siloe, los dos Juanes de Herrera y Toledo en el XVI, merced al influjo de la Iglesia, desarrollaron y llevaron á su perfección el estilo del Renacimiento. Crescencio, Churriguera, Tomé, Velasco, Andrade, el lego franciscano Caeiro, el benedictino Camiña y otros muchos posteriores á los primeros, por el valimiento de la misma Iglesia, llevaron á pasos de gigante el reformado. Todos construyeron magníficos templos al Dios del Tabernáculo. Hoy, merece particular mención D. Higinio de Cachavera por su famoso proyecto del Tabernáculo del altar mayor de S. Francisco el Grande, obra bellísima bajo todos conceptos. En conclusión, podemos afirmar, que sin la Iglesia no hubieran sobresalido en arquitectura eminentes artistas; que sin éstos no hubieran existido esos edificios sagrados, colosales monumentos del arte; que sin los templos, verdaderos modelos de arquitectura, no se hubieran construído á su imitación los profanos; y finalmente, que sin la Eucaristía, primordial y exclusiva promotora, ni la Iglesia se hubiera desvelado por el arte, ni los artistas por consiguiente hubieran llegado á su perfección, ni los templos ni demás monumentos manifestaran la belleza que ostentan.

## VII

Pasemos ahora á la *Indumentaria*. De ésta como de todas las demás bellas artes, con relación á la Iglesia, podíamos decir exactamente lo mismo. Empero es nuestro deber dar una simple ojeada á la importante relación que tuvo con ella el Sacramento Eucarístico. ¿Qué materias por ricas que fuesen no se emplearon en todos tiempos para adornar cuanto inmediata ó mediatamente debía de estar en contacto con la sagrada Hostia? Los altares con sus múltiples pertenencias, los ricos vasos sagrados, los hermosos paños del Sacrificio, los bellos ornamentos de los sacrificantes, hasta las variadas telas con que se han adornado los muros de las iglesias, testigos son de lo que este arte, fuera ya de